

mo la magnificencia y la liberalidad, que le dieron gran celebridad en aquellos pueblos. Hermoseó de tal manera la ciudad con suntuosos edificios, que llegó á ser, bajo su reinado, la mayor y mas bella del Nuevo-Mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias, congregaba al pueblo, y por sus manos distribuia víveres y ropa á los necesitados. Remuneraba á los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, á los ministros y empleados de la corona que lo servian fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas. Estas virtudes estaban oscurecidas por algunos defectos; pues era caprichoso, vengativo, cruel á veces, y tan dado á la guerra, que parecia mirar con odio la paz, de modo que su nombre se usa todavía, aun por los españoles de aquel pais, para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie (1).

(1) Los españoles dicen: *Fulano es mi Ahuizote, á nadie le falta su Ahuizote, &c.*

Por otro lado, era de buen humor, y tanto se deleitaba en la música, que ni de dia ni de noche faltaba esta diversion en palacio, con gran perjuicio de los negocios públicos; pues le robaba gran parte del tiempo y de la atencion que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era ménos inclinado al amor de las mugeres. Sus antepasados solian tener muchas, creyendo ostentar mayor autoridad y grandeza, en razon del número de personas destinadas á sus placeres secretos. Ahuizotl, habiendo ampliado tanto sus dominios, y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mugeres con quienes sucesivamente se casó. Tal era el estado de la corte de México al principio del siglo XVI: de aquel siglo tan fecundo en grandes sucesos, y en que debia mudar de aspecto el reino, y trastornarse la situacion política y moral del Nuevo-Mundo.



LIBRO QUINTO.



Sucesos de Moteuczoma II, nono rey de México, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno, y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala, y sucesos de Tlahuicole, capitán tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios de la llegada y de la conquista de los españoles.



MOTEUCZOMA II, NONO REY DE MEXICO.

MUERTO Ahuizotl, y celebradas sus exequias con extraordinaria magnificencia, se procedió á la eleccion del nuevo soberano. No existia ya ninguno de los hermanos de los últimos reyes, y segun las leyes del reino, debia suceder al rey difunto, alguno de sus sobrinos, hijo de sus antepasados. Estos eran muchos, porque de los hijos de Axayacatl, aun vivian Moteuczoma (1), Cuilhac, Matlatzincatl, Pinahuitzin, Cecepacatatzin; y de los de Tizoc, Imactlacuixatzin, Tepehuatzin, y otros cuyos nombres ignoramos. Fué preferido á los otros Moteuczoma, á quien, para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, fué dado el título de

Xocoyotzin (1). Era generalmente estimadísimo este príncipe, no solo por el valor que habia manifestado en las batallas, mientras fué gefe de los ejércitos, sino por el cargo que desempeñaba de sacerdote; por su gravedad, por su circunspeccion y por su celo religioso. Hablaba poco, y era notable su mesura en acciones y palabras, de modo que su opinion era oida con gran respeto en el consejo real. Dióse parte de la eleccion á los reyes aliados, y estos pasaron inmediatamente á la corte á darle la enhorabuena. Moteuczoma, noticioso de esto, se retiró al templo, dando á entender que se creia indigno de tan alto honor. Allí pasó la nobleza á darle cuenta de su eleccion, y lo condujo con gran acompañamiento á pala-

(1) El autor de las Anotaciones sobre las Cartas del conquistador Hernan Cortés, impresas en México el año de 1770, dice que Moteuczoma II era hijo del primer rey del mismo nombre: error desmentido por un gran número de autoridades.

(1) Los Mexicanos llamaron al primer Moteuczoma *Huehuc*, y al segundo *Xocoyotzin*; nombres equivalentes al *senior* y *junior* de los latinos.

cio, donde los electores le intimaron solemnemente el nombramiento que en él habian hecho para ocupar el trono de México. Volvió en seguida al templo para hacer las ceremonias acóstumbradas; y terminadas estas, recibió en el trono los homenajes de los nobles, y escuchó las arengas gratulatorias de los oradores. La primera fué la de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, que vamos á presentar á nuestros lectores, como la han conservado los Mexicanos.

„La gran ventura, dijo, de la monarquía mexicana se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion, y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentár tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuan grande es el amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus súbditos (1)? Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría, no se halle tambien el socorro de la viuda y del huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del poder; pues tanto os ha dado el Criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues, nacion venturosa, por haberte tocado en suerte un príncipe que será el apoyo de tu felicidad, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes en efecto un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molición, y estarse en el

(1) Estas espresiones dan á entender que Moteuczoma se habia dedicado al estudio de la astronomía.

lecho, abandonado á los pasatiempos y á los deleites; ántes bien, en medio de su reposo, le inquietará el corazon, y lo despertará el cuidado que tendrá de tí, ni hallará sabor en el manjar mas delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo, y confiad en que el Criador del cielo, que os ha exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus preciosos dones, habiéndoos él mismo subido á esta altura, en que os anuncio muchos y muy felices años.”

Escuchó Moteuczoma atentamente este discurso, y tanto se enterneció, que tres veces quiso responder, y se lo estorbaron las lágrimas producidas por una dulce satisfaccion, que tenia toda la apariencia de la humildad; pero al fin, habiendo podido reprimir el llanto, respondió en pocas palabras, reconociéndose indigno del honor á que lo habian exaltado sus compatriotas, y dando gracias al rey su aliado, por los elogios con que lo favorecia: habiendo escuchado las otras arengas, permaneció en el templo, para hacer el ayuno de cuatro dias, y de allí fué con gran aparato reconducido á palacio.

Pensó despues en hacer la guerra para proporcionarse las víctimas que debian morir en la coronacion. Tocó aquella desgracia á los Atlixqueses, que poco ántes se habian rebelado contra la corona. Salió pues el rey de su corte, con la flor de la nobleza, con sus hermanos y primos. En esta guerra perdieron los Mexicanos algunos valientes caudillos; pero sin embargo, volvieron á imponer á los rebeldes el antiguo yugo, y Moteuczoma regresó victorioso, conduciendo consigo los desventurados prisioneros que iban á ser sacrificados. Celebróse la funcion con tal aparato de juegos, bailes, representaciones teatrales é iluminaciones, y con tal abundancia de tributos enviados por las provincias, que acudieron á presentarla habitantes de pueblos remotísimos, que nunca se habian visto en México: aun

los Tlaxcaltecas y Michuacanos se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolos descubierto Moteuczoma, los hizo alojar y regalar con real magnificencia, mandando disponer unos tabladitos de donde pudiesen ver mas cómodamente los festejos y ceremonias.

CONDUCTA Y CEREMONIAL DE MOTEUCZOMA.

El primer hecho notable de Moteuczoma, despues de su coronacion, fué recompensar con el estado de Tlachauhco los grandes servicios que habia hecho á sus antecesores, en muchas campañas, un célebre capitán llamado Tlilxochitl: principio verdaderamente feliz, si á él hubieran correspondido los actos que le siguieron. Pero apénas comenzó á usar de su autoridad, empezó á descubrir el orgullo que hasta entónces habia ocultado en su corazon bajo las apariencias de la modestia. Todos sus antecesores habian acostumbrado conferir los empleos á los hombres de mas mérito, ó á los que les parecian mas capaces de desempeñarlos, sin distincion de nobles y plebeyos, no obstante el convenio celebrado entre la nobleza y el pueblo en tiempo de Itzcoatl. Cuando Moteuczoma tomó las riendas del gobierno, se mostró de otra opinion, y desaprobó la conducta de los otros reyes, bajo el pretexto de que los plebeyos obraban segun su clase, manifestando en todas sus acciones la bajeza de su origen y de su educacion. Animado por estos principios, los despojó de los puestos que ocupaban en su palacio y corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. Un prudente anciano que habia sido su ayo, le hizo ver que esta providencia podria atraerle el odio de una gran parte de sus súbditos; mas nada bastó á disuadirlo.

Toda la servidumbre de su palacio se componia de personas principales. Ademas de las que lo habitaban, que eran muchas, cada mañana entraban en él seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos pasaban todo el dia en las an-

tecámaras, donde no podian entrar los de la servidumbre, hablando bajo, y aguardando las órdenes del rey. Los criados que acompañaban á estos personajes eran tantos, que llenaban los tres patios de palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de las mugeres que habia en la casa real, entre señoras, criadas y esclavas. Toda esta muchedumbre vivia encerrada en una especie de serrallo, bajo la custodia de algunas nobles matronas, que velaban sobre su conducta; pues aquellos reyes eran muy celosos, y cualquier esceso que notaban en palacio, lo castigaban con el mayor rigor, por pequeño que fuese. De estas mugeres tomaba el rey para sí las que mas le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus súbditos (1). Todos los feudatarios de la corona debian residir algunos meses del año en la corte, y al volver á sus estados dejaban en ella á sus hijos ó hermanos, como rehenes exigidos por el rey, para asegurarse de su fidelidad; por lo que les era preciso tener casa en México.

Otro rasgo del despotismo de Moteuczoma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Nadie podia entrar en palacio para servir al rey, ó para tratar con él de algun asunto, sin descalzarse ántes á la puerta. A nadie era lícito parecer en su presencia con trages de lucimiento, porque se creia que esto era falta de respeto á su dignidad; así que, los magnates mas distinguidos, excepto los parientes del monarca, se despojaban de sus galas, ó á lo ménos las cubrian con un ropaje ordinario, en señal de humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia, y ántes de hablar al rey, hacian tres inclinaciones, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *señor mio*, y en la tercera *gran señor* (2). Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, recibiendo la respuesta del

(1) Algunos historiadores dicen que Moteuczoma tuvo al mismo tiempo ciento y cincuenta mugeres embarazadas; mas esto parece increíble.

(2) Las palabras mexicanas son *Tlatoani*, *No-tlatocatzin* y *Hucitlatoani*.

rey por medio de un secretario, con tanta humillacion y respeto, como si fuera la de un oráculo. Al despedirse, no podian volver la espalda al trono.

Comia Moteuczoma en la misma sala en que daba audiencia. Serviale de mesa un gran almohadon, y de silla un banco bajo. La vajilla era del barro fino de Cholollan: la mantelería era de algodón; pero muy fina, blanca y limpiísima. Ninguno de los utensilios que usaba para comer, le servia mas de una vez; pues los daba inmediatamente á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro ó de conchas hermosas del mar, ó ciertos vasos naturales, curiosamente barnizados, de que despues hablaremos. Tenia tambien platos de oro; pero solo los usaba en el templo y en ciertas solemnidades. Los manjares eran tantos y tan varios, que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran sala, y que se presentaban á Moteuczoma fuentes de toda especie de volateria, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en bien ordenadas filas. Ponian los platos en la mesa ántes que el rey se sentase, é inmediatamente se retiraban, y á fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenia un braserillo debajo. El rey señalaba con una vara que tenia en la mano, los platos de que queria comer, y lo demas se distribuia entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes de sentarse, le ofrecian agua para lavarse las manos, cuatro de sus mugeres, las mas hermosas del serrallo, las cuales permanecian en pié todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros y el mayordomo.

Inmediatamente que el rey se ponía á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta de la sala, á fin de que ninguno de los otros nobles lo viese comer. Los ministros se mantenian á cierta distancia y sin hablar, excepto cuando respondian á lo que el rey les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mu-

geres le servian los platos, y otras dos el pan de maiz, amasado con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos durante la comida: otras se divertia el rey con los dichos burlescos de ciertos hombres disformes que mantenía por ostentacion. Tenia gran placer en oírlos, y decia que entre las burlas solian darle avisos importantes. Despues de la comida, fumaba tabaco mezclado con ámbar, en una pipa ó caña preciosamente barnizada, y con el humo conciliaba el sueño.

Despues de haber dormido un poco, daba audiencia á sus súbditos, oyendo atentamente cuanto le decian, animando á los que no se atrevian á hablar, y respondiendo por medio de sus ministros ó secretarios. A la audiencia seguía un rato de música; pues una de las cosas que mas lo deleitaban, era oír cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía en ver ciertos juegos, de que hablaremos despues. Cuando salía de casa, lo llevaban en hombros los nobles, en una litera abierta, y bajo un espléndido dosel. Acompañabalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaba, todos se detenian y cerraban los ojos, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la magestad. Cuando bajaba de la litera para andar, se estendian alfombras, á fin de que sus piés no tocasen la tierra.

MAGNIFICENCIA DE LOS PALACIOS Y CASAS REALES.

Correspondian á todo este pomposo aparato la grandeza y magnificencia de las casas reales, de las quintas, bosques y jardines. El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas, que daban á la plaza y á las calles; tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente; muchas salas, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenian los muros cubiertos de mármol ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de ciprés ó de otra escelente madera, bien trabajada y adornada. Entre

las salas había una tan grande, que, segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres (1). Ademas de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, ademas del serrallo para sus mugeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, para todos los empleados de su servidumbre y de su corte, y aun para alojar á los estrangeros ilustres, especialmente á los dos reyes aliados.

Tenia dos casas en México para animales: una para las aves que no eran de rapiña; otra para estas, para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera había muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardín, donde entre la frondosidad de los árboles, se veían diez estanques: los unos de agua dulce, para las aves acuáticas de río, y los otros de agua salada, para las de mar. En lo demas de la casa había tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron, quedaron maravillados, y no creían que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ó de granos, de frutas, ó de insectos. Solo para los pájaros que vivían de peces, se consumían diez canastas de estos diarias, como dice Cortés en sus Cartas á Carlos V. Trescientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, ademas de los médicos que observaban sus enfermedades, y aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debía servir de alimento á las aves, otros lo distribuían, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estación oportuna; pues ademas del placer que el rey tenía en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos y adornos. Las sa-

(1) El conquistador anónimo en su apreciable relacion: y añade, que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.

las y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que, como dice el mismo conquistador hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento grande de San Francisco.

La otra casa destinada para las fieras, tenía un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde la águila real hasta el cernícalo, y de cada especie había muchos individuos. Estos estaban distribuidos, segun sus especies, en estancias subterráneas, de mas de siete piés de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de losas, y ademas tenían estacas fijas en la pared, para que pudiesen dormir y defenderse de la lluvia: la otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol. Para mantener á estas aves, se mataban cada dia quinientos pavos. En el mismo edificio había muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, *techichis*, y los intestinos de los hombres sacrificados.

No solamente mantenía el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentacion; sino tambien los que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Había tambien otros muchos estanques para peces, de los cuales aun se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapultepec, á dos millas de México.

No contento Moteuczoma con tener en su palacio toda clase de animales, había reunido tambien todos los hombres, que ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por

alguna otra deformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia de tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes, y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenia bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre de *Peñon*.

De todas estas preciosidades no quedaba mas que el bosque de Chapoltepec, que los vireyes españoles han conservado para su recreo; todo lo demás fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya en fin para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel pais, que hoy no se podria creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenian siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moteuczoma; pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona, y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia no volvía, á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distinguian en la guerra. Empleaba diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construccion de estos

objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenia plateros, artifices de mosaico, escultores, pintores y otros. Habia un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.

aquí me quedé de
LO BUENO Y LO MALO DE MOTEUCZOMA.

Su celo por la religion no era inferior á su lujo y magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos, y sumamente aseados; pero envilecia su ánimo el vano temor de los agüeros, y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos, y la ejecucion de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los trasgresores. Tentaba á veces, por medio de otra persona y con regalos, la codicia de los jueces; y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la mas alta nobleza.

Era implacable enemigo del ocio; y para estirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos: á los militares, en continuos ejercicios de guerra; á los otros en el cultivo de los campos, en las construccion de nuevos edificios y de otras obras públicas: aun á los mendigos, á fin de darles ocupacion, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo, y los compañeros de la miseria. Esta opresion en que tenia á los pueblos, los inmensos tributos que les habia impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las mas pequeñas faltas, producian general descontento en toda clase de habitantes; mas por otro lado sabia atraerse su afecto, socorriendo generosamente sus necesidades, y recompensando con profusion á los que lo servian. Un rasgo, que merece los mayo-

res elogios, y que debería ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que, despues de haber servido fielmente á la corona en las empleos militares y políticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí, á espensas del real erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Moteuczoma, y de ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, ántes de presentarle la serie de sus sucesos.

Al principio de su reinado mandó dar muerte é Malinalli, señor de Tlachquiauhco, por haberse rebelado contra la corona de México: volvió á someter aquel estado, y conquistó el de Achiotlan. De allí á poco estalló otra guerra mas grave y mas peligrosa, cuyo éxito no fué tan feliz para sus armas.

GUERRA DE TLAXCALA.

En medio de tantas provincias sometidas á los Mexicanos, por la fuerza de las armas las unas, y las otras por miedo de su poderío, la república de Tlaxcala se habia conservado firme, sin doblar el cuello á su yugo, á pesar de estar tan poco distante de la capital de aquel imperio. Los Huexotzingos, los Cholultecas, y otros estados vecinos, que habian sido aliados de aquella república, envidiosos de su prosperidad, habian irritado contra ella á los Mexicanos, bajo el pretexto de que los Tlaxcaltecas querian apoderarse de las provincias marítimas del seno, y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder y su riqueza, procurando seducir á los habitantes, para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad; pues ademas de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Tlaxcala, y reputarse parientes de los Tlaxcaltecas, estos no podian proveerse en otros puntos del algodón, del cacao, y de la sal de que carecian. Sin embargo, de tal manera exasperaron el ánimo de los Mexicanos las representaciones

de los Huexotzingos y de los otros rivales de Tlaxcala, que empezando por Moteuczoma I, todos los reyes de México trataron á los Tlaxcaltecas como á los mayores enemigos de su corona, y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella república, para impedir su comercio con las provincias.

Los Tlaxcaltecas, viéndose privados de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron enviar una embajada á la nobleza mexicana (probablemente en el tiempo de Axayacatl), quejándose del daño que les hacian las sinjistras noticias de sus rivales. Los Mexicanos, ensoberbecidos con su prosperidad, respondieron que el rey de México era señor universal del mundo, y todos los mortales eran sus vasallos, y como tales, los Tlaxcaltecas debian prestarle obediencia, y pagarle tributo á ejemplo de las otras naciones; pero que si se rehusaban á someterse, perecerian sin remision, sus ciudades serian arruinadas, y su pais habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras: "Poderosísimos señores, los Tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamas á ningun príncipe, desde que sus antepasados salieron de los paises setentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad; y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendéis reducirlos, léjos de ceder á vuestro poderío, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan."

Los Tlaxcaltecas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los Mexicanos, y perdida toda esperanza de reducirlos á aceptar condiciones moderadas, pensaron en fortificar mas sus fronteras para impedir una invasion. Ya habian circundado las tierras de la república con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en la raya; pero con las nuevas amenazas de los Mexicanos, aumentaron el número de las fortalezas, doblaron el de las tropas que las guarnecian, y fabricaron aquella famosa muralla de seis mi-